

Allí via constante en su fatiga
Ir y venir por la vereda usada
A lentos pasos la afanosa hormiga
Con la futura provision cargada.

Y allí en la rama que la noche fria
Con niebla moja, y con el aura enjuga,
Yo al sol del alba columpiarse via
En haba frágil la vellosa oruga.

Y allí tambien, sin fueros de jardines,
Via huertos con parras entoldados,
Do habia pabellones de jazmines
De las paredes ásperas colgados.

Y allí brotaban escondidas violas,
Lirios azules, rosas purpurinas,
Jacintos y sangrientas amapolas,
Madreselva y fragantes clavellinas.

Y sus líquidas trenzas derramando
Cruzábale un arroyo, y amarillas
El césped de la margen salpicando
Le orlaban mil vistosas florecillas.

Y allí andaba la suelta mariposa
Libre de flor en flor volando ufana,
Su librea ostentando revoltosa
De oro y de azul, de púrpura y de grana.

Ya posaba en los altos mirabeles,
Ya esquivaba al pasar las otras flores
Avergonzando lirios y claveles
Sus puros y magníficos colores.

Y arrastrando su alcázar en la espalda,
El perezoso caracol salia
Del fresco sulco á la pintada falda
A bañarse en el sol de medio dia.

Y sobre alguna frágil eminencia
Estendiendo su cuerpo trasparente,
Tornaba á bendecir la Omnipotencia
Los elásticos ojos al Oriente.

Y allí zumbando la oficiosa abeja
Entre los frutos del jardín opimos,
La blanca miel que en sus panales deja
Chupaba en los espléndidos racimos.

¡Oh silencio! ¡oh pacífica ventura!
¡Oh soledad del campo deleitosa!
En tí de la inquietud de su locura
El fatigado corazón reposa.

¡Quién me tornara á la enramada umbría
Donde ecos tuvo mi cantar pimero?
¡Acaso alegre el arpa sonaría
Al blando son del céfiro ligero!

Mas ¡ay! que acaso en apartados climas
Por la importuna suerte arrebatado,
He de cantar en lamentosas rimas
La patria soledad que habré dejado.

¡Adios! entonces, venturoso suelo
Donde libre nací, pero desnudo,
Cúbrate en paz el compasivo cielo
En tanto que de lejos te saludo.

¡Salve! fértil colina y prado ameno,
Crespo collado, y valle, y soto umbrío,
Donde de cuitas é inquietud ajeno
Libre vagaba el pensamiento mio.

¡Salve! y las leves auras te murmuren,
Y el sol te dé riquísimos colores,
Y abundosas las lluvias te aseguren
Tu cosecha de espigas y de flores.

SONETO.

Con el hirviente resoplido moja
El ronco toro la tostada arena,
La vista en el ginete alta y serena
Ancho espacio buscando el asta roja.

Su arranque audaz á recibir se arroja
Pálida de valor la faz morena,
E hincha en la frente la robusta vena
El picador, á quien el tiempo enoja.

Duda la fiera, el español la llama:
Sacude el toro la enastada frente,
La tierra escarba, sopla y desparrama;

Le obliga el hombre, parte de repente,
Y herido en la cerviz, húyete y brama,
Y en grito universal rompe la gente.

A BLANCA.

¡Oh! que me place, Blanca,
Cerca de mí tenerte,
Cuando la noche turban
Nuestros brindis alegres.

Cuando la luz se quiebra
Trémula y trasparente
De las colmadas copas
En los cristales ténues.

Cuando los ojos húmedos
De luz avaros hierven,
Y en cada luz sin tino
Vacilan y se hieren.

¡Si vieras cómo brillan
Debajo de tu frente
Tus ojos de azabache,
Y hogueras me parecen!

Bebamos, Blanca hermosa:
Brindemos... Mas ¡qué tienes?
¡Por qué el cendal descíñes
De la cintura leve?

¡Por qué sobre la mano
Doblas así la frente?
Acaso los licores...
¡Ay, Blanca, tú te duermes!

Besarela en los labios;
Tal vez cuando despierte
Mi blando beso en ellos
Acaricie y estreche.

A Dios, hermosa Blanca:
Tranquila y quieta duermes,
Y si despiertas pronto
A los licores vuelves.

Así se goza, Blanca:
Bebe, alma mia, bebe,
Y el mundo que murmure,
Que el mundo es un imbécil.

ODA.

Prestadme el dulce canto,
Aves del valle y de la selva umbría,
Y levantad en tanto
Para arrullar mi llanto,
Frescas hojas, monótoma armonía.

Y tú, sonoro viento,
Tus alas de vapor lánguido mece,
Y en blando movimiento
Con perfumado aliento
Las hojas y las aguas estremece.

Porque estos mis cantares
De vosotros no mas serán oídos,
Que el duelo y los pesares
Solo en nuestros hogares
Ser deben, ó en los bosques, repetidos.

Que el mundo maldiciente
Murmura del que llora y del que pena,
Del que placer no siente:
Y el triste eternamente.
Ha de arrastrar cantando su cadena.

Que es el mundo un tirano
Que solo da suplicios y agonía,
Y exige soberano
Que llame el triste humano
Imperio paternal su tiranía.

¡Mas qué vale que errante
Y solo de los ecos atendido

¡Oh! que me place, Blanca!
Bebe, alma mia, bebe,
Y el mundo que murmure,
Que el mundo es un imbécil.

Caiga el cabello en rizos
Por los hombros de nieve,
Cual pabellon que guarda
Del rocío las sienas.

El cuello sin cendales
El aura mansa orée,
Y el calor de tu seno
Vagando en torno temple.

Y los torneados dedos
Entre las copas jueger,
Como niños sin juicio
Ni dueña que les vele.

Los entreabiertos labios
La roja lengua muestren,
Formando las palabras
Con el vino á traspieses.

Y la impetuosa risa
Brotando de repente,
La blanca dentadura
Y la honda voz enseñe.

Y en desigual latido
Veré cómo turgente
El agitado pecho
Convulso se estremece.

¡Qué hermosa estás, mi Blanca!
Bebe, alma mia, bebe,
Y el mundo que murmure,
Que el mundo es un imbécil.

Dicen que hay una tierra
Do habitan unas gentes,
Con lanzas en las manos
Y cascocs en la frente.

Que sin solaz ni tregua
Se acechan y acometen,
Velando atentos unos
Mientras los otros duermen.

Que guardan las ciudades
Con torres y con puentes,
Y que cuando unos mandan
Los otros obedecen.

¡Locurás, Blanca mia,
Estar lidiando siempre
Porque los unos salgan
O que los otros entren!

Sin duda que han perdido
Su vino y sus mugeres,
Cuando en tales manías
Han dado aquellas gentes.

Mis amarguras cante,
Y el aire se levante
Devorando mi cántico perdido?

Aquí en la selva umbrosa
¿No cantan á la par los ruiseñores?
¿No susurra armoniosa
El agua bulliciosa,
Y les escuchan las atentas flores?

Y el céfiro ligero
Cuando el rocío de su bosque orea,
¿No sueña lisonjero,
Y en murmullo hechicero
Las yerbas y los árboles meneá?

¿Maldita mi locura!
¿No valdrá mas cantar cual ellos cantan,
Que acrecer mi amargura
Mientras en la espesura
Tan alegres rumores se levantan?

¿Oh! ven, arpa sonora,
Y rompe loca en himnos bulliciosos,
Cantando seductora
Al són que bulle ahora
De arroyos y de vientos sonorosos.

Pues que es breve la vida,
Y es el mundo no mas pompa liviana,
Y al fin la tierra hendida
Su farsa concluida
Sepulcro universal será mañana.

Cantaré descuidado
Lo inútil de esta mísera existencia,
Ya el cielo esté nublado,
Ya en calma y sosegado,
Ya el huracán reviente con violencia.

Porque en verdad, ¿qué importa
El mundanal orgullo y la ventura
De esta vida tan corta,
Si en igual fin aborta
Tocando en fin igual nuestra locura?

¿De qué sirvió al valiente
Alejandro ser rey en Macedonia,
Y avasallar la gente,
Y pretender demente
Ser adorado un Dios en Babilonia;

Si por extraño modo,
Sin poder apurar el hondo vaso
Dió el aliento beodo,
Y dió por fin de todo
Desde su fiesta á su sepulcro un paso?

¿De qué sirvió la gloria
Cantar de Grecia al inmortal Homero,
Y á su nombre en la historia
Dejar alta memoria,
Si Grecia ingrata le olvidó primero?

¿De qué sirvió á Rodrigo
La hermosa Caba, el cetro de los godos,
Si huyendo al enemigo
Dichas y amor consigo
Perdió el monarca y se perdieron todos?

¿De qué sirve á Cervantes
Que esas estatuas hoy le levantemos
De los años triunfantes,
Si sus libros gigantes
A sola su miseria le debemos?

¿Qué sirven esos mudos
Bustos dorados de los muertos reyes,
Sus palacios y escudos,
Si sus pueblos desnudos
Ignoran por inútiles sus leyes?

¿Qué sirve á las naciones
Que sus pueblos se inmolen y combatan
Al pié de sus pendones,
Si sus nobles legiones
Han de morir al fin si no se matan?

¿Qué salvó la altanera,
La grande Roma, de su pompa y brio,
Y su beldad primera
Esa vieja ramera
Cuyo esqueleto duerme sobre un rio?

¿Y qué han salvado apenas
De tal desórden y tamaño estrago
Las de riqueza llenas
Tiro, Palmira, Atenas,
Tebas, Corinto, Menfis y Catargo?

¿Escobros y memorias . . . !
Humo de aromas, tumba de tiranos
Que mantengan las historias,
Dando en cifras mortuorias
Polvo á la tierra, casa á los gusanos.

Y si esto solo resta,
Siesto por fin de nuestro afán nos toca,
Tonos, arpa, me apresta,
Que quiero en muelle siesta
Reir cantando vanidad tan loca.

Aquí á mis piés resbala
Claro, inquieto y sonoro un arroyuelo
Que la arenilla cala,
Y su márgen iguala
Entre las flores con que borda el suelo.

Los sauces de su orilla
Le dan manso murmullo y grata sombra,
Y la caña amarilla
La alta cerviz le humilla
Dándole al paso pabellon y alfombra.

Y le saltan trinando
Pardos mirlos y rojos colorines,
Y en su césped posando

LA MARGEN DEL ARROYO.

¿Qué dulce es ver muellemente
De un olmo á la fresca sombra
Descansando,
Un arroyo trasparente
Que va por la verde alfombra
Murmurando!

Ver como la yerba blanda
En la márgen se le inclina,
Y cómo crece
De violas morada banda
Que la linfa cristalina
Salpica y mece.

Los juncos de las riberas
En haz espeso apiñados
Se le encorvan,
Y las raíces someras
Evita par ambos lados
Si le estorban.

Insectos de mil colores
Con mil susurros campestres
Le dan ruido,
Y en vez de cuidadas flores
Rueda entre lirios silvestres
Escondido.

Y no han de envidiar sus olas
De cortezanos jardines
La hermosura,
Porque á cientos amapolas
Jacintos brota y jazmines
Su frescura.

Ni han de envidiar á los rios
Los alcázares y puentes
Que sustentan,
Por que esos monstruos sombríos
Mas que coronar sus frentes
Las afrentan.

Ni á las fuentes ni cascadas
Sus tazas de jaspe y oro,
Ni sus rocas,
Aunque se vierten hinchadas
En estrépito sonoro
Por cien bocas.

Que ambas le cercan orillas
Entre agudas espadañas
Cortadoras,
Esponjadas y amarillas
Altas y sonantes cañas
Cimbradoras.

Ni ha de envidiar á los mares
De buques la escelsa pompa
Y gritería,

Las palomas pasando
Le beben, y le pican los jazmines.

Junto al agua sonora
De ese arroyuelo que en mis versos pinto,
Cantar me place ahora,
Y quédense en buen hora
Con sus historias Menfis y Corinto.

¿Qué importa que mi nombre
Legue á mi gente con baldon ó fama
En la mansion del hombre,
Y al universo asombre,
Si á mí la muerte á concluir me llama?

Cantar tranquilo quiero
Mi voluptuosa y lánguida pereza,
Pues ni pierdo, ni espero;
Y otro cante altanero
La gloria de su patria y su grandeza.

Que asimismo cantaron
Tasso, Homero y Cervantes, y murieron,
Y sus pueblos amaron,
Y los pueblos que honraron
Conocerlos en vida no quisieron.

Que es la vida un camino
Sin medida ni fin, coto ni valla,
Do desnudo y sin tino
Si encuentra el peregrino
Sombra alguna ó placer, eso se halla.

No estatuas algun dia,
Cual dan á Homero y á Cervantes, quiero,
Si hoy en la patria mia
Fortuna tan impía
Como Cervantes lloraré y Homero.

Y si el plazo cumplido
En que esta vida y tierra se abandona,
Libre acaso de olvido
Mi sepulcro escondido
Me conserva tal vez una corona,

Eso hallará mi gente
En mi sepulcro al encontrar mi nombre;
Mas no dirá insolente
Que me pesó en la frente
Ese lauro quimérico del hombre.

Cantar tranquilo quiero
Mi voluptuosa y lánguida pereza,
Pues ni pierdo ni espero,
Y otro cante altanero
Las glorias de su patria y su grandeza.

Junto al agua sonora
De este arroyuelo que en mis versos pinto,
Cantar me place ahora,
Y quédense en buen hora
Con sus historias Menfis y Corinto.

Ni sus altos alminares,
Ni de su bélica trompa
La voz impía.

Porque tiene en un remanso
Saucos y olmos corpulentos
Encopados,
Que le hacen murmullo manso
Al suspirar de los vientos
Perfumados.

Y en vez de roncós clarines
Columpia trinando amores
La ancha copa,
De mirlos y colorines
Y vistosos ruiseñores,
Pintada tropa.

¡Oh dulce es ver muellemente
De un olmo á la fresca sombra
Descansando,
Un arroyo trasparente
Que va por la verde alfombra
Murmurando!

¡Oh qué dulce es contemplar,
El agua los piés venir
A lamer,
Y susurrando pasar,
Y al intentarla seguir
La perder!

Y aquel bullir sin sosiego,
Y aquel seguir siempre igual
Su camino;
Y aquel trasparente juego
Que hace el voluble cristal
Tan contino.

Y aquellas mil piedrezuelas
Que se arrastran y se empujan,
Y se acosan,
Y aquellas redes y telas
Que en las arenas dibujan
Do se posan.

Y aquellas cintas de plata
Que en el perfil de las ondas
Finge el sol,
Donde entre gotas redondas
Duplica, aviva y retrata
Su tornasol.

Y aquella colgada oruga
Que en hilos imperceptibles
Baja á vellás,
Y al tocarlas las arruga,
Y al sentir las tan movibles
Huye de ellas.

Y aquel insecto que nada
Medio mosca y medio pez
Sobre alguna,

Siempre en la misma jornada,
Y el paso mas cada vez
Se inportuna.

Siempre en el mismo lugar
En su afán sin concluir
Noche y día,
La oruga siempre en hilar,
Siempre el insecto en seguir
Su porfía.

Y aquel entorpecimiento
En que gozan los sentidos
Viendo tal,
Que duda el entendimiento
Si duermen al son mecidos
Del cristal,

¡Oh, dulce es ver muellemente
De un olmo á la fresca sombra
Descansando,
Un arroyo trasparente
Que va por la verde alfombra
Murmurando!

¡Arroyo, es muy triste
Pensar junto á tí
Que así van las vidas
Rodando á su fin!
Hoy tiende en tu márgen
Sus flores abril,
Tus ondas perfuman
El lirio y jazmin,
Su sombra te prestan
Tus árboles mil,
Te canta armonioso
Su amor desde allí,
Bebiendo tus aguas
Libre el colorin,
Te arrulla sonora
La caña gentil,
Tu orilla es un fresco
Y ameno jardín,
Que el sol tornasola
Del alto cenit. . . .
Pero ¡ay! que es muy triste
Pensar junto á tí
Que así van las vidas
Rodando á su fin!

Arroyo, así viven
Los que han de morir,
Gozando embriagados
El tiempo feliz!
Vendrá julio ardiente
Tu pompa á extinguir,
Y á impulso de oculto
Veneno sutil,
Secarán tus lirios
Su tallo y raíz,
Perderá tu yerba

AL ÚLTIMO REY MORO DE GRANADA,

BOABDIL EL CHICO.

I.

Una ciudad riquísima, opulenta,
El orgullo y la prez del Mediodía,
Con régia pompa y magestad se asienta
En medio la feraz Andalucía.

Y allí vierte su lumbre el sol de España
En hebras de purísimos colores,
Y brotan al calor con que la baña
En vasta profusion frutos y flores.

Allí el aura sutil respira aromas,
Y la estremecen sobre cien jardines
Bandadas de dulcísimas palomas,
Y pintado tropel de colorines.

El Darro y el Genil con turbias olas
En su verde llanura se derraman,
Y á su confin en playas españolas
Del revoltoso mar las ondas braman.

Mofa son sus alcázares del viento,
Fatiga de los fastos sus memorias,
Su grandeza y tesoros son sin cuento
Y no se encuentra fin á sus historias.

Allí es el cielo azul y trasparente,
Fresca la brisa, amiga la fortuna,
Fértil la tierra, y brilla eternamente
Serenos el rojo sol, blanca la luna.

Y afrenta de las tierras mas remotas
Véanse allí como en otro paraíso,
Los pomposos laureles del Eurotas
Y los húmedos tilos de Pamiso.

Crecen allí las palmas del desierto,
De Cartago los frescos arrayanes,
Las cañas del Jordan en son incierto
Arrullan de Stambul los tulipanes.

Y entre pajizas y preñadas mieses
Las vides de Falerno allí seorean,
Y los de Jericó místicos cipreses
Con los cedros del Líbano cimbrean.

Y hay allí robustísimos nogales,
Lúgubres saúces, altos mirabeles,
Y olivos y granados y morales
Ceñidos de jacintos y claveles.

El zumo de sus vides deliciosas
Tal vez la alegre Italia envidiaría,
Y por sus anchas y fragantes rosas
Sus rosas la trocará Alejandría.

Su verde turquí,
Las rojas violetas
Su aroma y matiz.
Irás estrechando
Tu manso perfil,
Tus cañas y juncos
Vendrán á rendir
Encima tus aguas
La seca serviz,
Y al fin tu corriente
El hilo sutil
Su curso en la arena
Vendrá á concluir. . . .
¡Ve, arroyo, que es triste
Pensar junto á tí,
Que así van las vidas
Rodando á su fin!

Arroyo, sigue corriendo
Por esa silvestre calle
De verdura,
Que abajo te están abriendo
Los cenegales del valle,
Sepultura.

Arroyo, sigue bañando
Mientras te preste sus flores
Primavera,
Que al valle irá resbalando
Con sus galas y primores
La primera.

Ella nunca será mas
Que un mensaje del verano
Fugitivo;
Pero tú, arroyo en el llano,
Lago en el valle serás
Siempre vivo.

Allí no tendrás jazmines,
Ni juncos, ni esbeltas cañas,
Ni amapolas.
Ni vendrán los colorines
A tus márgenes estrañas
Siempre solas;

Mas yendo y viniendo días,
Tú á merced de una fortuna
Siempre igual,
Tendrás suelo y ondas frías,
Bien sea arroyo ó laguna
Tu cristal.

Pues agua siempre has de ser,
Sigue por la verde alfombra
Murmurando,
Que es dulce verla correr
De un olmo á la fresca sombra
Descansando.

El jaspe, el oro, el mármol, los cristales
Se ostentan en su espléndido recinto,
Y ansiaran sus recuerdos orientales
Los escombros de Atenas y Corinto.

Y no la iguala en lujo y en riqueza
La voluptuosa pompa del oriente,
Que entre flores y lánguida pereza
Vive tranquila su atezada gente,

Unos hombres de oriente la robaron
Para asentar en ella su morada:
Los hombres á quien de ella despojaron
Lloraron siete siglos su Granada.

Y era un tiempo de guerras y de amores
En que el compás de berberisca zambra
Y el son de los clarines y atambores
Estremecían á la par la Alhambra.

Y era un rey esquisito en sus placeres,
Y un pueblo en su molición adormecido,
Que gozaba en su paz nuestras mugeres
Esclavizando al padre y al marido.

Y era también el término llegado
Del brio y del poder de aquella gente,
Y al postrimero rey había tocado
El sítil de las razas del oriente.

La hora fatal á la morisca luna
Los sabios en su horóscopo leyeron,
Y tal vez mereció mejor fortuna
De la que sus horóscopos le dieron.

¡Ay Boabdil! levántate y despierta,
Apresta tu bridon y tu cuchilla,
Porque mañana llamará á tu puerta
Con la voz de un ejército Castilla.

Mañana de su mengua avergonzados
Te caerán los tigres españoles;
Y echarán sobre tí desesperados
De siete siglos los sangrientos soles.

II.

—“¿Qué quieren esos cristianos
A las puertas de la villa?
¿Qué buscan esos villanos,
Que traen á su rey nufanos
Tras el pendon de Castilla?”

“¿No son reyes en su tierra?
¿Por qué pasan esa sierra
Talande el solar ajeno?
¿No les basta su terreno
Para sus fiestas de guerra?”

“¿Por qué en confusión estraña
Levantán en esos cerros
Tantas tiendas de campaña?
¿Por qué ladran esos perros
A los piés de esa montaña?”

“Si sus padres espiraron,
Y á su muerte les dejaron
En desastres tan prolijos,
¿Por qué no se contentaron
Como los padres los hijos?”

“Frente á sus tiendas reales
Que brillen altas y ufanas
En las torres principales,
Las enseñas orientales
Y las lunas otomanas.

“¡Al arma! ¡al campo! á cambiar
Los marlotas y alquiceles
Por arneses de lidiar,
Los ginetes á aprestar
Los caballos y broqueles.

“La sed de sangre me irrita;
Que doblen los atambores;
Que cierren en la mezcquita
Esa multitud que grita
En rejás y miradores.

“Los fuegos prontos estén,
Las calles libres también,
Los hombres á la muralla,
Las mugeres al harem. . . .
¡Paso y silencio, canalla!”—

Tal *Muza* (1) pronmpe airado
Ante la puerta de Elvira,
Entre el tumulto apiñado
Del pueblo que consternado
Al campo cristiano mira.

¡Ay! él es solo el valiente
Con corazón en Granada;
El solo lleva insolente
A la recia lid su gente
Que se torna destrozada.

Solo la esperanza alienta
De su humillada nacion,
Solo lidia y se ensangrienta
Abriéndose sin afrenta
Una tumba de varon.

Mas con ojos avarientos
En redor de su caballo
Sus soldados macilentos,
Le están demandando hambrientos
Hasta el pan de su serrallo.

Y con el llanto á los ojos
En desmayado tropel

(1) Gefe de la caballería granadina de Boabdil: despues de haberse opuesto con toda su resolución á la entrega de su deliciosa ciudad á los reyes católicos, se lió despedido de ella armado de todas piezas, y nunca mas pareció.

Dícese que sin respetar la tregua estipulada entre don Fernando y el rey Chico, acometió á varios caballeros cristianos en la orilla del Genil, y despues de dar muerte á algunos de ellos, por no acobar á sus manos, se arrastro pelando hasta la orilla, y se dejó hundir en la corriente con el peso de la armadura y acribillado á cada.

Su pueblo puesto de hinojos
Llora los yertos despechos
De lo que lidian por él.

Guerrero, ¡ay de los valientes!
¿Qué vale que en tu despecho
A tus soldados alientes
Y quieras dar á tus gentes
Todo el valor de tu pecho;

Si en tanto á pasos gigantes
Van arrastrando á su fin
Sus muy poderosos antes
Alcázares elegantes,
La Alhambra y el Albaicin?

¿Si allí está el triste Boabdil
Sin amparo que le acorra
Llorando sobre el Genil,
Como una cobarde zorra
Entrampada en un redil?

¿Si allá en la empinada sierra,
Amancillando tu gloria,
Cantan en compás de guerra
Los castellanos victoria
Ensoberbiendo la tierra?

¡Ah! ¡su corona usurpada
Tener en la sien no supo. . . .!
Mal hiciste tu jornada,
¡Pobre rey! y hora menguada
En tu horóscopo te cupo.

Los cristianos te ayudaron
Para vencerte mejor,
Y los tuyos que quedaron
Al hundirse te llamaron
Hasta apóstata y traidor.

Las mugeres que te dieron
Sus hijos y sus preseas,
Al saber que se perdieron,
Espirando te dijeron:
—¡Cobarde, maldito seas!—

Y de tu reino señores
Los cristianos vencedores,
Se pagaron tus ofrendas
Con agrio pan de dolores
Que amasaron en sus tiendas.

Porque al fin ¿qué ha de esperar,
Del vencedor el vencido
Sino vergüenza y pesar?
¿Qué sino burla ha de dar
El que subió al que ha caído?

¡Oh! esas torres orientales
Que levantando insolentes
Sus agujas desiguales
Mecén las auras corrientes
En trémulas espirales;

Y esas cifras misteriosas
Que cual labor sin objeto
De esas cuadras ostentosas,
De crónicas amorosas
Guardan el dulce secreto;

Y esos anchos sicomoros,
Y esos arroyos sonoros
Que tienen marcas y nombres,
Que no entendemos los hombres
Y que comprendéis los moros;

Las tortuosas galerías
Que se derraman sombrías
Por ese fresco recinto,
En faz de intrincadas vías
De confuso laberinto;

Y esos mágicos retretes,
Y esos hondos gabinetes
Donde el ánima adormida
Pasó gozando la vida
Al vapor de los pebetes;

Con ojos desvanecidos
Los cristianos gozarán
En conjeturas perdidos,
Sin pensar en los vencidos
Que lo que ignoran sabrán.

Y los secretos de amor
De esos alcázares bellos,
No tendrán ¡ay! mas valor
Ni mas nombre para ellos
Que el *botín* del vencedor.

Llora, rey, llora sin duelo;
Desespérate, Boabdil,
Y ven en tu desconsuelo
A espirar bajo este cielo
Que flota sobre el Genil.

Que á elejir entre acabar
Y sufrir la ajena ley,
¡Vive Dios! que era acertar
Como hombre, á la lid bajar
Para morir como rey.

III.

Así estaba escrito,
Monarca infeliz,
Que fuese tu raza
Contigo á su fin.
Así estaba escrito
Corriera entre flores
Muy lejos de tí.
Por eso fué un dia
Forzoso salir
En lúgubre pompa
Y en gesto servil,
Tu cetro y tu fama
Vencido á rendir.

Y allá se quedaron
Para otro adalid
Tu espléndido alcázar,
Tu fresco jardín.
Y allá se quedaron
¡Ay triste Boabdil!
Tu muerto por siempre
Falaz porvenir,
De blanca esperanza
Tu sueño febril,
Que fué como el humo
Al viento á morir.
Y allá se quedaron
Tu Alhambra gentil,
Tus altas techumbres
De azul y turquí,
Tus ricas alfombras
De gualda y carmin,
Tus pájaros presos
En jaula sutil,
Tus fuentes sonoras
Que en fresco bullir
Con música blanda
Murmuran allí.
Y allá se quedaron
Cual juego infantil,
Cual copas rompidas
Después del festín,
Tus lechos clavados
De cedro y marfil,
Tus baños que exhalan
Clavel y alelí,
Rosa y azucena
Azahar y jazmin.
Y allá se quedaron
¡Ay triste de tí!
Las cifras y motes
Que en tiempo feliz
Mandaste en los muros
Con oro escribir,
Pensando que el tiempo
Que corre sin fin,
Querria en tu Alhambra
Dejarte vivir.
Y allá se quedaron
Sin fruto, ni fin,
Que rotas y mudas
Son hoy solo allí
Cual fleco postizo
Que afea un tapiz,
Y nada nos pueden
Valer ni decir.
¡Oh si un solo instante
Volvieras tu aquí,
Si un punto tornarás,
Vencido Boabdil. . . .
¡Tú sí que leyeras
Con ansia, tú sí!
¡Tú sí que gozaras
Con calma pueril,
Aunque todo un pueblo
Volvieras tras tí!
¡Mas ya solo resta

Llorarlo y sufrir,
Que así estaba escrito,
Y cúmplase así!

Mas ya que nos tornas
La espalda, señor,
Camina despacio
Mientras dura el sol.
Recoje las riendas
A suelto bridon:
Tras de esa colina
No hay luz ni color,
No hay cielo ni vida
Tras ese peñon.
¡Camina despacio,
Despacio, por Dios!
A verse aun alcanza
Granada, señor,
Tras esa colina,
Mas lejos . . . ¡ya no!
¡Al fin la abandonas
A fuerza mayor!
¡Al fin te la arrancan
Con mengua y baldon,
Tu perla mas rica,
Tu joya mejor!
¡Oh! vuelve por ella,
Que aun tarde no es hoy:
Azuzo tu ardiente
Caballo veloz,
Fulmina el alfanje,
Apresta el lanzon,
Acoso á tu gente
Con brazo y con voz:
¡Ah! y muera tu escaso
Postrer escuadron,
Con rabia á lo menos
Si no con valor!
¡Oh! vuelve á Granada
Tu cara mansion,
No llores huyendo
Cobarde ó traidor.
Y si al fin no quieres
Lavar tu baldon,
¡Camina despacio,
Despacio, por Dios!
Que si aun la contemplas,
Mas lejos . . . ¡ya no!
Granada se pierde,
Y al caer ese sol
La vez postrimera
Verasla, señor.
¡Camina despacio,
Despacio, por Dios!

IV.

Espera, señor, espera
Solo un momento á llorarla,
Solo un instante á mirarla
Desde el cerro del Padul . . .

¡Oh cuán hermosa se ostenta
A los últimos reflejos
Del sol que brilla á lo lejos
Entre la atmósfera azul!

Espera, señor, espera,
Y ante ella puesta de hinojos
Volvamos los turbios ojos
Para decirle un ¡adios!
Contempla que es nuestra patria,
Nuestro dulce paraíso
Aunque el Profeta no quiso
Conservárnosla con vos.

Allí está. ¡Patria querida!
¡Cuán dolientes te dejamos!
Y antes, patria, que volvamos
¡Cuántos años pasarán!
¡A tí, en la opuesta ribera
De ese mar que nos divide,
Al dejar la amarga vida
Los ojos se tornarán!

Cuando errantes y perdidos
Por el desierto vaguemos,
Nuestro afán adormiremos
Hablando, patria, de tí,
Y los hijos que nos nazcan
Guardarán en su memoria
La infausta y sangrienta historia
De los que fuimos aquí.

—Hijos míos, les diremos,
Allá lejos de nosotros
¡Harto lejos! viven otros
En Granada, en un Eden.
¡Y allí tuvimos un tiempo
Reyes, pueblos, y vasallos,
Arcabuces y caballos,
Mezquitas, cañas y haren!

Allí el placer es la vida,
Siempre luce en calma el cielo,
Siempre hay flores en el suelo
Y en el ambiente azahar.
¡Ah! si por dicha algun día
Teneis lanzas y corceles
Aprestad vuestros bajeles
Y botadlos á la mar.

Si sois muchos y valientes
Y ganais la opuesta orilla,
¡Oh! ¡cerrad contra Castilla
Hasta arrastrar su pendon!
No dejeis en nuestra Alhambra
Uno de esos castellanos;
¡Arrancadles con las manos
Los ojos y el corazón!—

Tal dirémos, cara patria,
Nosotros á nuestros hijos,
Cuando duelos tan prolijos
Escuchándonos estén

En el desierto, á la sombra
Del fardo de los carnellos
Y tal se lo dirán ellos
A nuestros nietos tambien.

Nosotros ya, pobres viejos,
En el umbral de la vida
Tan solo una despedida
Podremos darte, no mas.
¡Las manos te tenderemos
A bendecirte llorando,
Como quien va caminando
Volviendo el rostro hácia atras!

¡Y si huyendo de noviembre
Las arrecidas neblinas,
Vemos á las golondrinas
De nuestra patria volver,
Al dintel de nuestras tiendas
A saludarlas saldremos,
Y de gozo lloraremos
Mientras se alcancen á ver!

Señor, besad esa tierra,
Orad un punto y partamos,
¡O tornemos y muramos
De una vez junto al Genil!
¡Teneis razon! partid presto
Antes que ondée en Granada
La cristiana cruz clavada
Sobre el trono de Boabdil.

Mas ¡ay! ya es tarde! que truena
La cóncava artillería,
Y el humo oscurece el día
Y roba á la tierra el sol.
¡Huid, sin tornar los ojos,
No os detenga la fatiga,
Que os es la tierra enemiga
En vuestro suelo español!

Que no oigan nuestros oídos
Ese triunfal campaneo,
Ese estruendo y clamoreo
Que á vuestra espalda dejais.
¡Huid sin contar los pasos
Que vais prófugos haciendo,
¡Ay! y aunque lloreis huyendo,
Desdichados, no volvais!

¡Huid presto, huid proscritos
De vuestra patria perdida!
Y al darla la despedida
Desde el alto del Padul,
Que se pierdan á lo lejos
Los contornos vacilantes
De vuestros blancos turbantes
Entre la atmósfera azul.

Huye, Boabdil, aunque llores
El rigor de tu fortuna:
Basta la luz de la luna
Para quejarse y huir: